

SAL 63 (62): EL ALMA SEDIENTA DE DIOS

El deseo de Dios



Estimados amigos de la Biblia

Saludos y bienvenidos. Iniciamos un nuevo comentario bíblico, esta vez, del Salmo 63 (62).

EL AGUA COMO SÍMBOLO

Todos sabemos lo que es el agua y su importancia para la vida de los seres: plantas, animales y, sobre todo, para el hombre. Sus funciones son casi inagotables, tanto para la vida en general como para la cría de animales, la construcción o la elaboración de alimentos. El pan, por ejemplo, no puede hacerse sin agua.

Al ser el agua el principal componente del cuerpo humano, su consumo nos trae grandes beneficios: permite el transporte de nutrientes a las células; colabora en el proceso digestivo, en la respiración y en la circulación sanguínea; interviene en la contracción de los músculos y da flexibilidad y elasticidad a los tejidos; favorece el buen funcionamiento del cerebro y de los nervios, facilita la eliminación de toxinas y desechos por la orina,

la transpiración y las deposiciones; regula la temperatura del cuerpo, lubrica, amortigua las articulaciones y protege los tejidos sensibles. Una buena hidratación preserva la elasticidad, suavidad y tono de la piel, alivia la fatiga, evita el dolor de cabeza y las migrañas, ayuda en la digestión y evita el estreñimiento, reduce el riesgo de cáncer de vejiga, mejora el sistema inmunológico, etc.

Son datos científicos que están muy bien, pero nuestra reflexión no va por ahí. Nos importa mucho más la experiencia personal de necesitar agua, ansiarla y no tenerla.

Os cuento una experiencia propia. En mis años de misionero en Brasil pasé varias temporadas en las misiones, con los indios Chavante y Bororo. Además del trabajo en la aldea en que residíamos, relativamente bien abastecida, recorriamos largas distancias por caminos de tierra, por los que casi nadie pasaba, para visitar otras aldeas menores y poblaciones dispersas que pertenecían a nuestra Parroquia. En previsión de averías y accidentes, íbamos siempre provistos de los alimentos, agua y combustible suficientes para enfrentar situaciones imprevisibles, pero ya se sabe que toda previsión se queda corta en ciertas circunstancias.

Un día, ya cerca de nuestro destino y en medio de una intensa lluvia que casi no permitía ver la pista, entramos en una curva cerrada. De repente apareció ante nosotros un puente hecho de tablones de madera mientras el coche resbalaba en el barro echándonos al barranco. Conseguí evitarlo, pero el choque fue tan brutal que tres de las cuatro ruedas reventaron. Aquel día podíamos haber muerto. Gracias a Dios no nos pasó nada grave, pero no podíamos salir de allí pues teníamos solo dos ruedas de repuesto.

Éramos tres personas. ¿Qué hacer? No era probable que alguien pasara por allí, así que decidimos que uno se quedaría, por si pasara alguien, y los otros dos caminaríamos hacia la misión, a unos 45 Kms. de distancia. Estábamos al final de nuestro viaje y de regreso a la misma, por lo que ya no teníamos mucha agua ni alimentos. Cogimos lo que pudimos y empezamos a caminar.

El calor era achicharrante y la humedad altísima. En poco más de dos horas nos quedamos sin agua, a unos 35 Kms. de la

misión, pero había que continuar. Los Kms. pasaban lentos, mientras la sed aumentaba y empezábamos a sentir sus efectos: boca seca, fatiga y pesadez, dolores musculares en las piernas, confusión mental, desánimo... Decidimos caminar en silencio para ahorrar energía. Mi compañero, mayor que yo, se sentía desfallecer y yo empecé a sentir miedo de que le pasara algo. El cuerpo pedía agua cada vez más desesperadamente, pero no la había. Solo quedaba seguir caminando.

En previsión de averías y accidentes, antes de salir de viaje comunicábamos siempre a la misión por radio el punto de partida y la previsión de llegada, de modo que, si no llegábamos, salía un vehículo en nuestra busca. Fue lo que sucedió: faltando unos 15 Kms. vimos un vehículo que se aproximaba. ¡Qué alegría! ¡Qué alivio! Al llegar, lo primero que les pedimos fue agua. ¡Qué buena estaba! ¡Qué delicia! Todavía hoy siento su frescor descendiendo por mi garganta. Fue la mejor agua que he tomado en mi vida.

SED DE DIOS

¿Has vivido algo así, querido lector? ¿Y con Dios? El salmista, al referirse a su relación con Dios nos habla de su sed de él:

*Oñ Dios, tú eres mi Dios, por ti madrugo,
mi alma está sedienta de tí;
mi carne tiene ansia de tí,
como tierra reseca, agostada, sin agua.*

¿Has sentido alguna vez sed de Dios? Conocí familias en Brasil que andaban un día entero en sus carrromatos para participar de la Misa o celebrar a su patrona. Cuando les pregunté por qué lo hacían me dijeron: "Porque sin Dios no podemos vivir". Y lo mismo en España: conozco un matrimonio que participa de la Misa todos los días "porque para nosotros es el alimento diario del que no podemos prescindir", dicen; o una muchacha adulta que quiere bautizarse y siempre que me ve me pregunta, insistentemente, que cuándo empezamos la preparación porque tiene un deseo inmenso de ser cristiana; o la hermana de un salesiano que falleció muy joven que envidiaba la fe que veía en su hermano y decía: "quiero creer, pero no puedo". La fe es un don de Dios, decimos. y esta señora

la deseaba, pero no podía tenerla. ¿Qué habrá sido de ella? No lo sé. Nunca más la vi.

UN SALMO ENTRE TRES TIEMPOS

El salmo 23 (22) es la oración de una persona que tuvo una vez una fuerte experiencia de Dios y de su auxilio que le marcó, pero que ahora lo siente ausente y expresa una enorme necesidad de él, “como tierra reseca, agostada, sin agua”.

Habla de su presente, pasado y futuro, por lo que seguiremos esta pauta que el mismo autor nos da.

Para empezar diremos que no parece que el salmista duerma bien: “por ti madrugo”, dice, dando a entender que se levanta muy pronto, y añade: “en el lecho me acuerdo de ti y velando medito en ti”.

Quién más, quién menos, todos tenemos experiencia de lo que es pasar una noche en vela por algo que nos afecta o preocupa especialmente y que no podemos sacar de nuestra mente. En el caso del salmista, el motivo de su desvelo es claro: “DIOS, A QUIEN DESEA, PERO QUE SIENTE AUSENTE. ¿Qué dura es la ausencia de Dios, a juzgar por el testimonio de quienes la han padecido!, por eso la imagen de la sed ante la falta de agua y el ansia por encontrarla es muy adecuada para expresar la sed y el ansia de Dios de este hombre.

EL TIEMPO PRESENTE

¿Tiene sentido dirigirse a alguien que no está? Es lo que hace este hombre con Dios, a quien además reconoce como su Dios: “tú eres mi Dios”, lo que nos da a entender que estamos ante un tipo de relación especial, la propia de la fe. Lo que hace el salmista, nada más iniciar su oración, es un acto de fe, y de fe madura, pues lo hace en medio de la noche de su ausencia. La falta de Dios le condiciona y trastorna el sueño, pero no le aparta de él.

¿Qué situación vive este hombre? ¿Una crisis, una desgracia, una noche oscura? No lo sabemos, pero tampoco importa. El caso es que Dios se le ha ocultado y eso le provoca una sensación de carencia que altera su vida normal y le lleva a la oración. ¿Qué importante es orar en estos momentos de aridez!

¿Pone en duda el salmista la existencia de Dios? De ninguna manera, pues no solo acude a él y lo confiesa como “mi Dios”, sino que también RECUERDA UN PASADO GOZOSO VIVIDO CON ÉL: “¡Cómo te contemplaba en el santuario viendo tu fuerza y tu gloria...”, EL AUXILIO QUE RECIBIÓ DE ÉL: “porque fuiste mi auxilio” y PROYECTA UN FUTURO DE PLENITUD CON ÉL: “me saciaré como de enjundia y de manteca...”

Presente, pasado y futuro se integran en este salmo.

EL TIEMPO PASADO

El salmista recuerda y añora el tiempo en que Dios fue su “auxilio” y en el que se le dio contemplar su “fuerza y su gloria”. Aquella experiencia de Dios le configuró de tal modo y se volvió tan esencial en su vida, que ahora, cuando siente a Dios ausente, suspira por ello.

Es añoranza, sí, pero no del tipo que sentimos recordando unas bonitas vacaciones, un campamento en el que nos lo pasamos muy bien o un encuentro con unos amigos que viven lejos. ¡No! Por lo que nos dice este hombre deducimos que vivió una auténtica experiencia de salvación que le marcó profundamente y que hubo un período de su vida creyente especialmente gozoso. Conoció entonces quién es Dios para él y cómo aquello respondía a su deseo más hondo y profundo, hasta el punto de que, comparado con aquella vivencia, todo lo demás, incluso la vida, no vale nada: “Tu gracia vale más que la vida, te alabarán mis labios”, dice.

De aquella experiencia surge ahora, cuando tiene la sensación de que Dios está ausente, se ha escondido o le ha abandonado, el recuerdo de aquellos tiempos de presencia de Dios, “agua viva” y saciante. Aquella vivencia, que ahora le falta, suscita en él una oración intensa en la expresa su ansia profunda de Dios, ya que se ve como “tierra reseca, agostada, sin agua”. Recuerda entonces aquel contemplar a Dios, ante quien todo lo demás languidece, incluso la vida, pues solo Dios puede colmar su sed de plenitud.

Hay, por tanto, un pasado determinante en la historia de este hombre (“auxilio y contemplación”) que le configuró de un modo nuevo, al punto de Dios ser su Dios y no poder desconectar de él ni de día ni de noche, pues sin él no puede vivir. Dios es para él Agua Viva y saciante y su falta es tierra reseca y agostada, por eso en el

lecho, cuando no consigue dormir, se acuerda de Dios y madruga para salir en su búsqueda.

Pasado y presente se mezclan en su persona porque lo que le sostiene en su actual oscuridad es la experiencia configuradora del pasado, tan determinante para él, de modo que la ausencia de Dios, sin dejar de serlo, es también presencia, porque lo vivido entonces, no solo le unió a su Dios para siempre, sino que le sostiene ahora, en medio de la ausencia:

*Mi alma está unida a ti
y tu diestra me sostiene.*

El auxilio recibido de Dios en el pasado es, incluso, motivo de júbilo en medio del dolor de la ausencia. Es así porque la acción de Dios en su favor permanece en el presente austero y desencarnado actual, proporcionándole vida y alegría:

...porque fuiste mi auxilio y a la sombra de tus alas canto con júbilo; mi alma está unido a ti y tu diestra me sostiene.

Lo que vive y expresa el salmista es paradójico pues en él se dan al mismo tiempo, ausencia y presencia, desamparo y auxilio, falta de Dios y unión con él, sed y ansia de Dios y recuerdo de un pasado pleno y feliz con él. En definitiva: es la diestra del Dios ausente la que, en definitiva, le sostiene.

EL TIEMPO FUTURO

Pero hay algo más que nos llama la atención: el modo como el salmista se refiere al futuro. Dice:

*Toda mi vida te bendeciré
y alzaré las manos invocándote.*

*Me saciare como de enjundia y de manteca
y mis labios te alabarán jubilosos.*

¿Ha cambiado su situación con respecto al estado anterior de sed y ansia de Dios? ¿Ha habido algún acontecimiento o intervención divina que ha transformado radicalmente el panorama? No. No hay nada en el salmo que apunte en esa dirección, nada que indique que el Dios ausente haya vuelto a hacerse presente, lo que sitúa esta afirmación en el mismo contexto de ausencia de Dios con el que iniciaba su oración. Si esto es así,

tenemos que afirmar que es en medio de la sed y del ansia por un Dios que se esconde y ausenta que el salmista dice que alabará, bendecirá e invocará a Dios, y que se vivirá saciado de Dios (como de enjundia y de manteca). De nuevo, en medio de la carencia más absoluta de Dios, la certeza que da la fe en Dios.

Esto es así porque lo determinante en quien está configurado por Dios, no es su ausencia, sin quitarle un ápice de su dramaticidad, sino su fe en él, que es fiel. Es por eso puede sentir su ausencia, lamentarse y sufrir por ella, sin dudar de su Dios ni de que su gracia (el don de Dios) “vale más que la vida”; ni de que Dios está y suaviza su estío con su sombra (aunque no lo sienta); ni de que él continuará siendo de Dios y de que él le colmará. Todo esto, unido al recuerdo del auxilio de Dios es para el salmista motivo de “júbilo y alabanza”, aun en medio del dolor.

Escribe Ignacio de Loyola:

El hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor y, mediante eso, salvar su ánima; y las otras cosas sobre la faz de la tierra son criadas para el hombre y para que le ayuden en la prosecución del fin para que es criado.¹

No solemos ser conscientes de que el sentido última de nuestra existencia el “alabar a Dios”, pero el salmista sí lo es, pues en tan corto texto ha recordado de alabanza tres veces, añadiendo a la tercera el júbilo: “mis labios te alabarán jubilosos”. Y eso en medio de la oscuridad que supone para él la ausencia de Dios. Queda claro que la experiencia de Dios que tuvo en el templo fue determinante, que “su alma está a unida a Dios y su diestra le sostiene”.

Concluyendo: cuando una persona ha tenido una fuerte experiencia de Dios y está configurada por él (ambas cosas) Dios es su fundamento y sostén en cualquier situación: en momentos de presencia o de ausencia de Dios (mejor decir de presencia sentida o no sentida), en consolación o desolación, porque Dios es fiel a sí mismo y la fe probada y madurada ya no puede dudar:

*Aunque camine por cañadas oscuras,
nada temo, porque tú vas conmigo;*

¹ E.E. de San Ignacio de Loyola. Principio y Fundamento [23].

tu vara y tu cayado me sosiegan” (Sl. 23 (22), 4).

CONCLUSIÓN

¡Cuánta riqueza en este salmo tan cortito! ¡Qué diferente del nuestro es el modo de orar, vivir y actuar del creyente maduro! ¡Cómo expresa su fe en que Dios permanece y le sostiene aun cuando no le ve! ¡Qué robustez y seguridad la del salmista que, afianzado en roca fuerte, permanece fiel en medio de la noche! y, por último, ¡qué bien integra su experiencia de Dios en el pasado: “cómo te contemplaba en el santuario”, con su confesión de fe en el presente oscuro: “tú eres mi Dios”, y su actitud de cara al futuro: “te bendeciré, me saciaré, te alabaré”.

Que Dios bendiga a quienes estamos en camino y nos ilumine para entender y sintonizar cada vez mejor con su Palabra.

Repetimos con el salmista: “A la sombra de tus alas canto con júbilo”.

Un abrazo.

Carlos Rey - SDB